

Ponencia Dra. Monique LANDAIS CHOIMET

FFyL UNAM

Miércoles 27 de noviembre de 2013

Mesa redonda MUAC

Koulsy LAMCO, Vincent Meessen (*Vita Nova*), Cuauhtémoc MEDINA.

LA MEMORIA EMBUSTERA o cuando la memoria de la Historia se vuelve la historia de la memoria.

La película de Vincent Meessen, *Vita Nova*, narra la historia de un viaje en un tiempo y en un lugar dolorosos, desolados y extraños. A lo largo de los 30 minutos que dura este documental, más ensayístico que testimonial, vamos y venimos entre dos realidades históricas: la colonia francesa de la África subsahariana en la década de los 50 y la independencia actual; la ocupación francesa del siglo pasado y la autonomía que se ejerce en el siglo XXI. Este ir y venir constante entre las dos épocas desemboca en un final por lo más incierto: las últimas escenas muestran a un anciano deambulando por una ciudad sumergida en la noche y en el ruido escandaloso de los motores; una ciudad que bien parece ser ciega en la oscuridad y sorda en la soledad. De hecho, surgen preguntas que quedan como enigmas: ¿Hacia dónde se dirige el anciano?, ¿su país?, ¿el niño, su nieto?

Aquí, se aprehende la poética contemporánea adoptada por Vincent Meessen para abordar la problemática actual del mito de la colonia a través de la visión de tres generaciones africanas: el testigo presencial que hoy es un anciano traicionado por su memoria hasta el punto de no poder recordar la letra de La Marsellesa, el narrador adulto

que retoma el texto de Roland Barthes mientras recorre el lugar de los vestigios de la colonia y el nieto todavía niño que guarda silencio en espera del futuro. ¿Cuál es entonces el sentido de semejante caminar transgeneracional presentado por la película de Vincent Meessen? Les propongo la siguiente interpretación que no pretende resolver el problema sino exponerlo y, quizás, expandirlo.

La foto emblemática que tenemos aquí, el niño de tropa saludando a la bandera, simboliza el mito de la colonización: la contradicción intrínseca, perversa de un discurso paternalista. En una palabra, vende ilusiones, sueños, quimeras y mentiras a cambio de vidas humanas, dejando al colonizado totalmente despojado de su ser. Según Roland Barthes, el mito entraña siempre el robo de la propia lengua; es la imposición de una palabra ajena. (193-194). Para llevar a cabo dicho proceso de adoctrinamiento, enajenante y destructivo, aniquilador de cualquier diferencia, la palabra extranjera se instituye como mensaje, como kerigma. Y para ser percibida como tal, recurre a la imagen que, como bien sabemos, impacta más que cien palabras ya que, como lo afirma el semiólogo, la imagen es más imperativa que la escritura, impone su significación de un golpe, sin analizarla, sin dispersarla. (195). En este sentido, dicha foto enseña, primero, que el niño africano que saluda a la bandera le pertenece a la colonia francesa, cuerpo, mente y alma, y, segundo, que como militar, tiene la obligación cívica e histórica de servir a su "patria" mientras ella así lo requiera. No se trata entonces de un cambio paulatino de integración sino de una asimilación instantánea en detrimento de todas las raíces, tradiciones, costumbres, lenguas, creencias personales.

Para obligar al colonizado a someterse y autodestruirse por medio de esta despersonalización, el usurpador le quita primero su lengua. Así como lo dijo el especialista en análisis del discurso, Patrick Charaudeau que nos visitó hace apenas 2 semanas, "Cambie al otro, y cambiará su identidad". La pérdida de su lengua, del reflejo de su nombre en la mirada del otro, mata al individuo en lo más profundo de su ser, y hace tabla rasa de su pasado y presente, dejando a su futuro en el limbo.

Cabe precisar que en la película, el niño que protagoniza esta vida ultrajada por el imperialismo francés no se expresa en ningún momento. Pertenece a esta época desgraciada en que el hombre, ávido de ganancias fáciles e inmediatas, se comporta de manera a-humana, para no decir inhumana ya que sabemos hoy que tanto lo humano como lo inhumano, lo sublime como lo grotesco, conforman al hombre. Recordamos la sentencia de Hobbes, "El hombre es el lobo del hombre".

Para ilustrar dicha paradoja, quisiera referirme a una escena trágica de *Vita Nova* que representa esta pérdida del yo, esencia y experiencia. Casi al final de la película, seguimos al niño de tropa en su recorrido por el pueblo abandonado del colonizador, el famoso Louis-Gustave Binger, abuelo materno de Barthes. Penetramos en una casa vacía y, por una suerte de ventana, (más bien un hoyo hecho en la pared a la altura de la cara del niño como si fuera a recargar su arma ahí para disparar), observamos a unos jóvenes vestidos como actualmente se usa, con short y playera de colores alegres, que están haciendo ejercicio y que cantan en su lengua. El niño los escucha y quiere pronunciar las mismas palabras pero sólo balbucea, como si no conociera la lengua que escucha, que sin embargo es la suya, la de su país, de su pueblo hoy autónomo. Esta escena hace eco a la primera que representa al

anciano tratando en vano de recordar la letra en francés de la Marsellesa. Tenemos entonces una pérdida doble, tanto de la lengua colonial como de la nacional; lo que aumenta la sensación de confusión y desorientación, de exilio en su propia tierra.

De igual modo, asistimos a la lección de Historia impartida en francés por el abuelo que quiere transmitir su vivencia a sus nietos: les enseña la foto en blanco y negro de la revista Paris Match donde el mismo aparece como miembro del ejército francés. El nieto la mira sin ninguna reacción; se queda impasible como si no captara el mensaje, ni siquiera las palabras pronunciadas por su abuelo en un idioma que bien parece ignorar. Ocurre una total ruptura entre las dos generaciones, las dos épocas, las dos Historias. La memoria de la Historia ya vivió y caducó. El narrador, Etienne Minoungou, lo expresa de la manera siguiente: "Resulta imposible creer en el testigo ya que el mismo vive en su propio presente; además, para existir, tiene que privilegiar su historia y el sentido que el mismo da al pasado". El narrador encarna una voz culta, razonada y razonable, que no agrede ni insulta, que no condena ni enjuicia, pero que exige el reconocimiento absoluto, legal y natural, de su libertad para re-construirse. Con su paso por estas ruinas, la Historia de las imposturas le cede el paso a la Historia de la autenticidad e integridad. Aquí se impone recordar el lema de Benito Juárez: "El respeto al derecho ajeno es la paz".

En un momento dado, el narrador sube las escaleras de la casa (vestigio de la colonia) hacia afuera, hacia la luz del sol y la cámara lo sigue en contra picada. El narrador, el intermediario que todavía conoce la Historia de la colonia, la deja atrás, no la olvida sino la domina en los dos sentidos de la palabra: la conoce y la sojuzga. Demuestra así que la

Historia no se transmite más allá de la segunda generación que él mismo encarna; después, muy al contrario, se generará en la persona del nieto y será totalmente distinta.

Así se agota la memoria de la Historia que, como bien entendimos, no es tanto el olvido como el desprendimiento, la "déprise" según Barthes. Sylvie Germain, una escritora contemporánea francesa, relata en su novela *Magnus*, los infinitos estragos del Holocausto y pone a modo de epígrafe la siguiente cita de Aharon Appelfeld: "Lo que no se dijo en tiempo adecuado se percibe, en otros tiempos, como pura ficción.", entendiendo por ficción el mero producto de la imaginación. Entonces, a la total impasibilidad del nieto, hay que agregar el fenómeno perverso de la memoria embustera que nos permite afrontar la segunda parte de esta reflexión, es decir, la historia de la memoria, para re-encontrar al otro Roland Barthes, menos conocido, el nieto del capitán Binger, que fuera explorador y colonizador de la Costa de Marfil. A pesar de aparecer en la foto de los funerales nacionales que le rindió Francia a su abuelo, Roland Barthes no reseña la historia "gloriosa" de aquel miembro de su familia materna cuando incluye su retrato en la autobiografía-autoficción intitulada *Roland Barthes por Roland Barthes*. Así pues, resulta que ni el nieto del colonizado ni el del colonizador "recuerdan" los hechos históricos vividos por sus abuelos. Resulta además interesante precisar que Roland Barthes califica a sus dos abuelos de "parcos" o sea que les quita su capacidad de hablar de sí mismos por sí mismos. El recurrir a la autoficción, y no a la autobiografía, le permite a Barthes eludir revelaciones vergonzosas callando lo referencial. También, se puede ver aquí una suerte de venganza del nieto justiciero, "Ojo por ojo, diente por diente", asegurándole a su abuelo que por él, no pasará a la Historia.

Y esto constituye precisamente el puente para llegar a la idea de la memoria embustera. Escuchemos a Jean-François Lyotard cuando define este fenómeno del pensamiento histórico en su ensayo intitulado *Lo inhumano*:

Es bien sabido hasta qué punto puede ser engañosa, en su turno, la reescritura así comprendida (es decir el espacio cerrado que consiste en la reminiscencia de un pasado traumático). El embuste reside en el hecho de que la indagación misma sobre los orígenes del destino forma parte de éste. Y en él de que la cuestión del comienzo de la intriga se plantea al final de ésta porque sólo constituye su fin. (36-38).

Hay que agregar, además, que esta mentira perpetrada por la reminiscencia induce al hombre, ensimismado y prostrado en su pasado, a vivir en un estado contradictorio entre libertad hipertrofiada y apatía.

Así es, entonces, como el primer descendiente, el narrador, debe retomar la palabra en francés (lengua que ahora es suya), para re-construirse y el descendiente en segundo grado, el nieto, adoptará su lengua africana para generar una nueva historia y voltear la página.

Esta nueva identidad se elabora poco a poco a partir de dos fuerzas antagónicas pero, a la vez, complementarias. Por un lado, la fuerza centrípeta impulsa al ser hacia sí mismo, en su dimensión individual como víctima de proscripción de su ser, hacia la Historia pasada, la usurpación más reciente y recordada como despojamiento violento; y, por otro lado, la fuerza centrífuga se disemina hacia afuera, en su dimensión colectiva, dotada de un auténtico potencial de auto-determinación; esta última tendencia está fuertemente inscrita en el presente con miras al futuro todavía indeterminado pero tangible.

Por lo tanto, diríamos que el narrador logra decirse a sí mismo (en el sentido lacaniano de un relato constitutivo del yo) en la lengua de la colonia pero sin transmitir ni el mito ni su mensaje ya que ha hecho suya la herencia postiza, archivándola. De ahí que su discurso no transfiere ni recuerdo ni vivencia al nieto sino que da paso a un porvenir por edificar.

Al final de *Vita Nova*, se puede ver en la oscuridad que sumerge al anciano el ocaso de una época y de su testigo. La pregunta que surge en este preciso momento es la siguiente: ¿En qué se va a basar el nieto para construir su propio yo histórico, cultural, social, psicológico en la era de la globalización? Lejos de aparentar al sujeto moderno unido, lineal, inteligible en su causalidad cronológica, el nieto aparece como el sujeto postmoderno fragmentado, acrónico, enigmático pero, a la vez, plural, en constante devenir y libre de armar su propia existencia.

El afán por atestiguar, escribir, inventar y crear que demuestran pensadores como Roland Barthes, y aquí cerca de nosotros, Vincent Meessen y Koulsy Lamco son prueba fehaciente de la vigencia de la esperanza: la especie se perpetua y ahora, les toca a los jóvenes tomar cartas muy serias en el asunto.

Es menester subrayar que la película de Vincent Meessen no pone en escena a ningún europeo u occidental cuando expone la contemporaneidad: el Blanco está erradicado, el país le pertenece al Africano. Frente a semejante circunstancia, se plantea una serie de preguntas fundamentales: ¿Cómo rechazar una herencia?, ¿Cómo hacer el duelo de sus propios orígenes?, ¿recrearse una genealogía de papel, es decir, autoficcional, entre real e imaginaria?, ¿cómo darse a luz a sí mismo por medio de un lenguaje del que dudamos desde el fin de los grandes relatos y el advenimiento de los tiempos líquidos? (los remito a

Lipovetsky y a Baumann, dos autores imprescindibles para entender mejor la generación actual), ¿ cómo resistir a la amenazante devastación radical del sujeto de la que hablaba Marc Weitzmann después de la Shoah?, ¿cómo oponerse a la despersonalización engendrada por la dictadura de lo económico para preservar la libertad individual?

Cada época trae sus propios desafíos y estoy segura que Koulsy Lamco aquí presente nos ayudará a contestar a estas interrogantes algo complejas.

Para terminar con esta ponencia que se quiere, de hecho, más interrogativa que asertiva dados mis conocimientos limitados en cuanto a la situación actual de África, quisiera remarcar dos ideas clave mencionadas por el narrador, Étienne Minoungou, extraídas de las reflexiones de Roland Barthes pertenecientes a su texto ensayístico *Mitologías*.

La primera concierne su concepción de "la Historia como una espiral, una repetición de ciertos hechos nunca idénticos, una polifonía de resplandor y de oscuridad; el regreso de la diferencia y el caminar de la metáfora"; en una palabra, una ficción producto de lo imaginario humano.

Quiero asirme del lado positivo de esta definición para subrayar el sentido de renacimiento y de reencantamiento que conlleva: a la vez, concreto, real y virtual, potencial. Con su final abierto, *Vita Nova* ofrece a la nueva generación una plena libertad para re-inventar al sujeto y a su sociedad, su historia con H mayúscula y h minúscula, colectiva e individual. Claro que vi y entendí la doble ironía, cruel e hiriente, que entraña la vista del Vel d'Hiv transformado en espectáculo de caballería al que asisten los franceses mientras que los africanos lo ven en la televisión. En una época no tan lejana (julio de 1942), cerca de 8 000 judíos, víctimas de la mayor redada nunca realizada en Francia, fueron encerrados en este

mismo lugar para ser luego deportados en los campos de concentración. Según mi punto de vista, dos lecciones emanan de esta parodia a-humana. Primo, no conviene creer en el mito del altruismo, ya que hoy menos que nunca nadie vende a pérdida y las ideologías arias ya fueron sustituidas por otras no menos peligrosas, mortíferas y masivas. Segundo, no conviene adoptar sin criterio y profunda reflexión el mito ajeno. Surge de este embrollo globalizante y enajenante, una certidumbre: hay que tomar la palabra y/o la cámara como lo hace Vincent Meessen para evitar tanto la indiferencia como la ceguera.

Y es aquí donde precisamente quiero agregar la segunda idea que Roland Barthes expresa a propósito de su visión de la Historia: "Las raíces de la verdad histórica, son los documentos como voces y no como testigos." Con esto, entendemos que la Historia tiene que ser releída desde la época que se vive para que el lector se la apropie al darle el horizonte de espera correspondiente a las expectativas de su presente. Así, el lector se libra del destino trágico de Orfeo para volverse fénix, se libera de las cadenas de la esclavitud para caminar hacia el futuro que construye para sí mismo; avanza consciente y responsable como Koulsy, animado por una fuerza irresistible de participar en esta gran aventura que es la vida humana, enriqueciéndola cada día. Sola la experiencia genera una nueva historia.

Muchas gracias por su atención